Examinando esas restricciones del aumento de la población que he clasificado en los dos grandes grupos de preventivos y positivos, veremos que pueden agruparse en tres: abstinencia moral, vicio y miseria.[1]

Entre los obstáculos preventivos, la abstención del matrimonio que no es seguida de la satisfacción irregular puede denominarse adecuadamente como abstención moral.

La promiscuidad en el intercambio sexual, las pasiones antinaturales, las violaciones del lecho matrimonial y los medios indebidos para ocultar las consecuencias de las uniones irregulares son obstáculos preventivos que caen dentro de la denominación de vicios.

De los obstáculos positivos, los que parecen ser consecuencia inevitable de las leyes naturales pueden caer bajo la denominación de miseria y los que es evidente que nos acarreamos nosotros mismos, tales como las guerras, los excesos, y otros que no está en nuestras manos evitar, son de naturaleza mixta. Todos estos resultan de los vicios, y su consecuencia es la miseria.[2]

La suma de todos estos obstáculos preventivos y positivos, tomada en su conjunto, constituye el freno inmediato a la población; y es evidente que, en todo país en que no puede actuar plenamente la potencia procreadora, los frenos preventivos y los positivos tienen que variar en razón inversa los unos de los otros; esto es, en los países de por sí insanos, o en que la mortalidad es elevada, cualquiera que

[1] Se observará que empleo la palabra *moral* en su sentido más estricto. Por abstinencia moral quiero que se entienda la abstención del matrimonio por motivos de prudencia, manteniendo una conducta estrictamente moral durante el período de la abstención, y nunca he tenido la intención de desviarme de este sentido. Cuando he querido referirme a la abstención del matrimonio sin tener en cuenta sus consecuencias, la he designado como restricción prudencial o como parte de los obstáculos preventivos, de los cuales constituye en realidad la rama principal.

En mi examen de las diferentes etapas de la sociedad, se me ha acusado de no conceder suficiente importancia a la abstención moral en lo que respecta a la prevención del aumento de la población; pero cuando se advierta el sentido limitado del término, según lo acabo de explicar, creo que no se pensará que he errado mucho a este respecto.

[2] Puesto que la consecuencia natural del vicio son las miserias, y puesto que esta consecuencia es precisamente la razón por la cual un acto se considera como vicioso, puede aparecer que la palabra miseria, sería suficiente, y que es superfluo emplear ambas. Pero si rechazamos la palabra vicio introduciremos una confusión considerable en nuestras ideas y en la manera de expresarlas. Queremos que nuestro lenguaje sirva muy particularmente para distinguir esos actos, cuya tendencia general es producir la desventura, y que han sido por ello prohibidos por los mandamientos del Creador y los preceptos de los moralistas, si bien, en sus efectos inmediatos o individuales tal vez parezcan opuestos. La satisfacción de todas nuestras pasiones tiene como efectos inmediatos la felicidad, no la miseria y, en casos individuales, es posible que caigan bajo esta misma denominación. incluso las consecuencias remotas (al menos en esta vida). Es posible que hayan existido relaciones irregulares que hayan hecho felices tanto al hombre como a la mujer, y que no hayan perjudicado a ninguno de ambos. Estos actos individuales, no pueden considerarse como productores de miseria; pero, es evidente que son viciosos, ya que un acto se denomina así cuando viola un precepto expreso, porque tiende generalmente a producir la miseria, cualesquiera que sean sus efectos individuales y nadie puede dudar de que la tendencia general del intercambio ilícito entre los sexos es perjudicial a la felicidad de la sociedad.

sea la causa, la actuación del freno preventivo será casi nula. Por lo contrario, en aquellos países que son de por sí sanos, y en los cuales se ve que el freno preventivo actúa con fuerza considerable, el freno positivo actuará poco, y la mortalidad será baja.

En todos los países actúan constantemente, con mayor o menor intensidad, algunos de esos frenos; no obstante, a pesar de su general actuación, hay pocas naciones en las que no exista un esfuerzo constante de la población para aumentar más allá de lo que permiten los medios de subsistencia. Con igual constancia tiende este esfuerzo a hundir en la miseria a las clases más bajas de la sociedad, y a impedir cualquier mejoramiento permanente de su situación.

En el estado actual de la sociedad esos efectos parecen producirse de la manera siguiente. Vamos a suponer que en cualquier país los medios de subsistencia bastan exactamente para sostener con holgura a sus habitantes. El esfuerzo constante de la población para aumentar, que se ve manifestado hasta en las sociedades más imperfectas, hace que aumente el número de habitantes antes que aumenten las subsistencias. Por consiguiente, los alimentos que antes sostenían a once millones de personas, tienen que dividirse ahora entre once y medio millones. Así, los pobres tienen que vivir peor, y muchos de ellos soportarán severos sufrimientos. Siendo también el número de trabajadores superior al trabajo por realizar, los jornales tenderán a bajar, mientras que al mismo tiempo el precio de las provisiones tenderá a subir. El trabajador tendrá, por consiguiente, que trabajar más para ganar lo mismo. Durante estas épocas de miseria, son tan grandes los obstáculos para el matrimonio y las dificultades para sostener una familia, que se detiene el crecimiento de la población. Entretanto, la baratura de la mano de obra, la abundancia de trabajadores disponibles y la necesidad entre éstos de desplegar mayor actividad, estimulan a los agricultores a emplear más mano de obra, a roturar nuevos terrenos y a estercolar y mejorar los que ya están en cultivo, hasta que en último término los medios de subsistencia puedan hallarse en igual proporción con respecto a la población que en el período inicial. Cuando ya es de nuevo tolerable la situación del trabajador, disminuyen las restricciones impuestas a la procreación, y, luego de un corto período, se repiten los mismos movimientos retrógrados y progresivos en lo que respecta al bienestar de los habitantes.

Es probable que esta especie de oscilación no aparezca como evidente al primer golpe de vista y puede resultar difícil, aun para el observador más atento, calcular la duración de esos períodos. Ninguna persona reflexiva que examine a fondo el asunto puede dudar que en la generalidad de los países viejos existe alguna alteración por

el estilo de la que he descrito, si bien en forma menos acusada y mucho más irregular.

Una de las principales razones por las que esta oscilación ha sido menos advertida, y menos confirmada por la experiencia que lo que era de esperar, es que las historias de la humanidad que poseemos sólo se ocupan, en general, de las clases más altas de la sociedad. No poseemos muchas informaciones que puedan considerarse seguras acerca de las costumbres de esa parte de la humanidad en la cual tienen lugar principalmente aquellos movimientos de avance y de retroceso. Una historia de esta clase, de un pueblo y de un período, exigiría la atención minuciosa y constante de muchos observadores que estudiaran el estado de las clases más bajas de la sociedad, y las causas que influyeran sobre el mismo; y para obtener deducciones exactas acerca de este asunto, sería necesario un gran número de historiadores que se sucedieran durante algunos siglos. En estos últimos años, esta rama del conocimiento estadístico ha recibido atención en algunos países y del progreso de esas investigaciones podemos esperar un conocimiento más profundo acerca de la estructura interna de la sociedad humana; pero puede decirse que la ciencia está aún en su infancia, y que, por tanto, se han omitido o no se han expuesto con suficiente precisión muchos de los asuntos sobre los que sería conveniente tener información. Entre éstos podemos, quizá, hacer figurar la proporción entre el número de adultos y el de matrimonios; la extensión que han alcanzado los vicios como consecuencia de los obstáculos puestos al matrimonio; la comparación de la mortalidad entre los niños de la parte más miserable de la comunidad y de los que viven en mejores condiciones; las variaciones del precio efectivo del trabajo; las diferencias observables en el estado de las clases más bajas, en lo que respecta a su bienestar, en diferentes épocas durante un período determinado; registros muy exactos de los nacimientos, defunciones y matrimonios, todo lo cual es de la mayor importancia para el asunto que nos ocupa.

Una historia fiel, que comprendiera todos esos extremos, tendería sobremanera a dilucidar la forma en que actúa el freno constante al aumento de la población, y es probable que demostrara la existencia de los movimientos de avance y de retroceso que hemos mencionado, si bien la amplitud de su oscilación tiene que ser irregular debido a la actuación de muchas causas interruptoras, tales como la introducción o el fracaso de ciertas manufacturas, el mayor o menor grado de iniciativa en las empresas agrícolas, los años de abundancia o de escasez, las guerras, las epidemias, las leyes de beneficencia, las emigraciones y otras causas de naturaleza análoga.

Una circunstancia que ha contribuído, quizá más que ninguna otra, a ocultar esta oscilación es la diferencia entre el precio nominal y el precio real del trabajo. Muy pocas veces sucede que el precio nominal de la mano de obra baje universalmente; pero todos sabemos que muy a menudo continúa siendo el mismo mientras que se eleva poco a poco el precio nominal de las provisiones. En realidad esto sucederá, por lo general, en el caso de que el aumento de las manufacturas y del comercio sea suficiente para dar empleo a los nuevos trabajadores que aparecen en el mercado, y para impedir que el aumento de la oferta produzca la rebaja de los precios.[3] Pero un aumento en el número de trabajadores que recibieran los mismos salarios en dinero tiene por necesidad que aumentar el precio en dinero del trigo, a causa de la mayor demanda. Esto equivale en realidad a una baja en el precio del trabajo y, durante ella, la situación de las clases más bajas de la comunidad tiene que ir empeorando; pero los agricultores y los capitalistas se enriquecen a causa de la baratura real de la mano de obra. El aumento de sus capitales les permite emplear mayor número de hombres, y, como probablemente la población frena su crecimiento a causa de la mayor dificultad para sostener una familia, la demanda de mano de obra, después de un período determinado, sería mayor que la oferta, y es obvio que los jornales subirían si se le dejara alcanzar su nivel natural; de esta manera, los salarios de los trabajadores, y en consecuencia la situación de las clases más bajas de la sociedad, podrían tener movimientos de avance y de retroceso, aun cuando el precio de la mano de obra no hubiera bajado nominalmente.

En la vida salvaje, en la que no existe un precio normal para el trabajo, no puede dudarse que han ocurrido oscilaciones análogas. Cuando la población ha aumentado casi hasta los límites más extremos que permiten las subsistencias, es natural que todos los obstáculos preventivos y positivos actúen con mayor fuerza. Se generalizarán las costumbres viciosas en lo que respecta al intercambio sexual, será más frecuente el abandono de los hijos, y serán asimismo mayores las probabilidades de que ocurran guerras y epidemias con su séquito correspondiente de defunciones; y es probable que esas causas sigan actuando hasta que la población descienda por debajo del nivel de las subsistencias; entonces, el retorno a la relativa abundancia

[3] Si los nuevos trabajadores que se lanzaran cada año al mercado no encontraran otro trabajo que la agricultura, la concurrencia podría hacer bajar tanto los jornales que el crecimiento de la población no se traduciría en una demanda de trigo; o, en otros términos, si los terratenientes y los arrendatarios no pudieran obtener otra cosa que una cantidad adicional de mano de obra agrícola a cambio de cualquier aumento en los productos que pudieran cultivar, tal vez no se sintieran tentados a acrecentar su producción.

producirá de nuevo un aumento, y, después de cierto período, se detendrá de nuevo el progreso por las mismas causas.

Sin que intentemos establecer estos movimientos de avance y de retroceso en los distintos países —lo que exigiría materiales históricos mucho más minuciosos que los que poseemos—, y que el progreso de la civilización tiende naturalmente a contrarrestar, intentaremos demostrar las siguientes proposiciones:

1) La población está necesariamente limitada por los medios de subsistencia.

2) Allí donde aumentan los medios de subsistencia, aumenta la población invariablemente, a menos que se lo impidan obstáculos poderosos y evidentes.

3) Estos obstáculos y los que reprimen la capacidad superior de aumento de la población y mantienen sus efectos al nivel de los medios de subsistencia, pueden todos resumirse en la abstención moral, los vicios y la miseria.

La primera de estas proposiciones apenas si necesita ilustrarse. La segunda y la tercera quedarán suficientemente establecidas mediante el examen de los obstáculos inmediatos al aumento de la población en el pasado y presente de la sociedad.

Este examen será el asunto que nos ocupará en los capítulos siguientes.

Capítulo V

De las leyes de beneficencia

Para remediar las frecuentes angustias del pobre, se han instituído leyes que obligan a socorrerlo; a este respecto, Inglaterra se ha distinguido de manera especial estableciendo un sistema general de socorros de esta clase; pero es de temer que, si bien es posible que haya aliviado algo la intensidad del infortunio de algunos, haya extendido el mal sobre una superficie mucho mayor.

Es éste asunto sobre el cual se habla a menudo, mencionándose siempre con sorpresa que a pesar de la enorme suma que se recauda cada año para la beneficencia en este país, exista siempre tanta miseria entre los pobres. Algunos creen que deben existir desfalcos del dinero para dedicarlo a usos privados; otros, que los mayordomos y vigilantes de las parroquias consumen la mayor parte de él en festines. Todos están de acuerdo en que, sea como sea, debe ser muy defectuosa la forma de administrar ese dinero. En resumen, el hecho de que incluso antes de la última época de escasez se recaudasen cada año 3 millones de libras para los pobres, y que, no obstante, no se hiciera desaparecer su miseria, es algo que asombra a la mayoría de las personas; pero al que mira un poco por debajo de la superficie de las cosas le asombraría mucho más el que los hechos fueran distintos de lo observado; y también si una recaudación universal de 18 chelines por cada libra, en lugar de cuatro, alterara materialmente esos hechos.

Supongamos que mediante una suscripción de los ricos los 18 peniques o los dos chelines que gana hoy un hombre se convirtieran en cinco chelines; tal vez se crea que entonces podrían vivir con comodidades y comer carne todos los días; pero, en realidad, ésta sería una conclusión falsa. La transferencia de tres chelines adicionales por día al bolsillo de cada trabajador no aumentaría la cantidad de carne existente en el país. No basta la que hay al presente para que todos puedan comer diariamente una cantidad moderada de ella. ¿Cuál sería, pues, la consecuencia? La competencia entre los compradores de carne en el mercado haría que subiera con rapidez el precio de ella desde ocho o nueve peniques la libra hasta dos o tres chelines, y ese artículo de consumo no se repartiría entre un número mucho mayor de personas que en la actualidad. Cuando escasea un artículo y no puede distribuirse a todos, el que entra en posesión del